

José Luis Torres Vitolas

L



ALBATROS 



ALBATROS
Collection Extramares

José Luis Torres Vitolas

L

ALBATROS
Collection Extramares

© José Luis Torres Vitolas, 2010
© Librería Albatros, 2010

Librairie Albatros
Rue Charles Humbert, 6
1205, Genève, Suisse
www.libreria-albatros.ch

Librería Albatros: Rodrigo Díaz

Todos los derechos de traducción, de reproducción y
de adaptación reservados para los titulares del presente copyright.

ISBN: 978-2-9700652-5-8

Impreso en España por Publidisa

*Ella partió primero.
Él la siguió.
No supieron que estaban
juntos, otra vez,
hasta que sus cenizas
empezaron a pelear
por un poquito de espacio.*

ÍNDICE

Prólogo: El instante del instante por Juan Carlos Méndez Guédez.....	15
Almuerzo	19
Ficción.....	20
Uro	21
Extranjero	22
Cita	23
Corazón.....	24
Treinta minutos	25
Lazo	26
Legado	27
Pelos	28

Árboles	29
Pacto.....	30
Ring.....	31
Hijo	32
Adiós	34
Tierra prometida.....	35
Cuna.....	36
Cáliz	37
Certeza	38
Encantamiento	39
Verano	40
Migas.....	41
En casa.....	43
Rodión.....	44
Beso.....	45
Víctima.....	46

Agua	47
Casa.....	48
Paz.....	49
Matrimonio	50
Severo	51
Inocencia	52
Mauricio	53
Duelo	54
Deseo.....	55
Cabaña	56
Razón	57
Maya.....	58
Noche.....	59
Yo	60
Más.....	61
Alba	62

Sentencia	64
Sueño.....	65
Sombras.....	66
Fiesta	67
Herencia	68
Canto de luna	69
Tarde	70
Azúcar	71
V	72
ADN	73
Ayer	74
Cabo.....	75
Aire.....	77
Feo.....	79
Círculo	80
Mesa.....	81

Suerte	82
Tercero.....	83
Dos.....	84
Viento.....	85
La mujer de mi padre.....	86
Castillo	87
Fanta.....	88
Pan	89
Tul.....	90
Doce.....	91
Diez.....	92
Ley.....	93

Prólogo:

El instante del instante

Un instante puede contener el resumen de la historia humana: destrucción, sexo, batallas, amor, ternura, ferocidad, textos de Schopenhauer, un hombre que corta sus uñas, el maullido de un gato, una mujer que subraya un poema de Blake, tres helados, un rayo de sol, un cuento de Julio Garmendia, una bañera vacía, las obras completas de Elías Canetti, una fila de hormigas, la *Ofrenda musical* de Bach, dos migas de pan sobre un banco de madera.

Mi enumeración fortuita y personal podría extenderse, podría extraviarme, podría reconducirme. Escribir es utilizar la voz para recuperar un camino (la voz de Ulises es la voz que acompaña muchas veces a los narradores), y cuando ese camino solo es visible desde la profundidad de un brevísimo segundo, una imagen, una idea apenas esbozada, un autor necesita aproximarse a ese género de nombre múltiple: minicuento, minificción, mini relato, que pretende atisbar en el fogonazo de unas palabras la rotundidad de un instante que es, a su vez, un instante y también es la posibilidad del universo entero.

José Luis Torres Vitolas siente una especial fascinación por este territorio del chispazo temporal. 5:37, su

primer libro publicado en España ya era una recreación de la infinitud de historias que se despliegan en la aparente nimiedad de un minuto. Un despliegue total de lenguajes, visiones, guiños al lector, tradiciones, recursos, puestos al servicio de la exploración imposible en el infinito humano de un minuto en la vida de una barriada periférica del Perú. Brillante, excelente volumen que coloca a Torres Vitolas en la impresionante lista de autores peruanos del momento actual: Fernando Iwasaki, Jorge Eduardo Benavides, Iván Thays, Alonso Cueto, Ricardo Sumalavia y Rocío Silva Santisteban, y que, a un mismo tiempo, lo sitúa con todo merecimiento en esa brillante nómina de narradores hispanoamericanos que en el siglo XXI están revitalizando una literatura que desea respirar aires nuevos.

L, este volumen de enigmático título que ahora comentamos, es una confirmación del pulso firme de este autor peruano nacido en 1971. Ironía, oportunas elipsis, trastocamiento de los niveles de realidad, vértigo, oscilación entre el golpe sorpresivo y el final chejoviano, Torres Vitolas despliega con una escritura de gran pulcritud diversas miradas sobre lo real, sobre los instantes de lo real, como si en ese mínimo chispazo reposase la posibilidad de una verdad desconocida, de una verdad temblorosa, inasible, que se manifiesta tan solo como sospecha.

Los recursos propios de este tipo de ficciones mínimas se desarrollan con minucioso virtuosismo, con esa exactitud que, en 1853, Flaubert planteó como una tentativa necesaria para otro tipo de ficciones: “Me gustaría hacer libros en los que solo hubiera que escribir frases

...de la misma manera que para vivir lo único que se necesita es respirar”. Esencialidad pura. Escritura con la naturalidad de la respiración, con la naturalidad sorpresiva de un fogonazo de vida, pero igualmente sostenida en el diálogo profundo con otros libros, otras historias, otros componentes culturales que invisibles flotan debajo de la piel de estas historias (lo que para especialistas en la minificción como Violeta Rojo, configura uno de los elementos fundamentales de este nuevo género de la ficción súbita).

L es un libro que abriga tras de sí otros libros, es un libro que contiene la posibilidad de nuevos libros. Torres Vitolas configura un volumen sólido que contiene en cada una de sus páginas la fiesta infinita, reposada, inasible, que llamamos literatura y que, más bien, debería llamarse existencia. La existencia del instante. Instantes propios que luego, como lectores, transformamos, hacemos nuestros, transfiguramos: un vengativo rey desnudo, destrucción, sexo, batallas, amor, ternura, ferocidad, textos de Schopenhauer, un hombre que corta sus uñas, el maullido de un gato, un lobo feroz, una mujer que subraya un poema de Blake, tres helados, princesas en sus castillos, un rayo de sol, un cuento de Julio Garmendía, la herencia materna de una casa, una bañera vacía, dragones, una aterradora ventana abierta, las obras completas de Elías Canetti...

Juan Carlos Méndez Guédez

Almuerzo

El minuterero apremia. El hombre y el niño se marchan. Ambos se despiden de ella con un beso apurado y el abrazo de rutina. Queda el más pequeño. Toma el biberón y mira la tele. Ella se va hacia la cocina y, apenas entra, oye el llanto indómito de su hijo que la reclama. Recoge lo necesario y regresa. Se sienta en el sillón. Él se calma y le ríe con las lágrimas aún resbalando por sus mejillas. Ella le devuelve el gesto mientras coge con fuerza el cuchillo y trata, inútilmente, de matar otra mañana.

Ficción

Él era un personaje ficticio y lo sabía. Igual que su creador, gustaba del café, se entretenía conversando por largas horas y compartía el luctuoso defecto de escribir. A diferencia de su autor —constructor de personajes efímeros hechos a su semejanza— él quería elaborar uno que no se le pareciese en absoluto. Hizo varios, pero los desechó pues todos resultaron vanas y superfluas extensiones suyas. Entonces probó una nueva forma. Intentó crear un pequeño instante, uno diminuto, en donde su personaje pudiese vivir ajeno a él. Liberarse. Con tranquilidad meditó cuál sería el momento más adecuado. Miró su reloj, luego se asomó a la ventana: observó el sol, la calle adoquinada, el viento suave silbando entre los sauces del parque y su creador, quieto, bajo el calor de la tarde.

Salió entonces y se encontró con él. Ambos se miraron un momento con una sonrisa triste en los labios. Como hermanos se despidieron para siempre en un solo gesto y luego, sombra y él, tomaron caminos diferentes.

Uro

Nadie entendía su soledad. Ni él. Y llegado un momento de la tarde, o de su vida, se abandonaba también, mientras sus fantasmas iban poblando el vacío. Solo cuando una humanidad entera lo habitaba, volvía, anónimo y mendigo, como Ulises, dispuesto a encontrarse a sí mismo.

Extranjero

Juntos, en total, eran ciento treinta...

Desde aquel 26 de junio no hemos vuelto a ver el río Weser de la misma forma. Allí se ahogaron todas las malditas ratas, pero nosotros, con ellas, condenamos nuestra felicidad.

Eran ciento treinta...

Hamelin nunca volvió a ser la misma.

Cita

Miró la casa y no percibió mayor cambio. Las paredes tenían, apenas, un color más opaco. Afinó el oído, y percibió el mismo silencio de siempre. Sonrió con timidez y nerviosismo. Vio la hora en su reloj y notó que había llegado temprano por un par de minutos. Qué importa, se dijo y tocó dos veces la puerta, pero lo hizo débil. No hubo respuesta. Dio tres leves golpes más, aunque con algo de renuncia. Desde la ventana del balcón, tras las cortinas, le hirió el golpe de una mirada conocida. Trató de soportar la violencia de lo opaco de las paredes e hizo un último intento en la puerta. Uno mudo. La mirada tras la ventana permaneció descarada y quieta.

Levantó la vista, simuló el hastío de no encontrar a nadie y se marchó.

Corazón

Tres horas antes de morir, Jacinto Buenaventura conoció a Georgina Ledesma. El encuentro fue casual, brusco, hasta triste. Él acudía para oír sentencia, erguido como una foca. Ella, en cambio, salía con su taconeo sinuoso de abogada que ha triunfado una vez más ante el estrado. Fue entonces cuando ambas miradas se rozaron descuidadas e indefensas.

Arturo, el abogado de él, los presentó.

Cruzaron un apretón de manos y una mueca; y, como una pequeña pero indómita fianza, en su palma quedó la tarjeta de ella.

Sobre lo que sucedió después, poco se sabe. El receptionista del hotel asegura que llegaron a las nueve enredados en besos. Pagó ella y subieron a la habitación. A las diez, Jacinto pidió dos cervezas, cuatro tostadas, mermelada de fresa, helado de chocolate y un tenedor.

No hubo ruidos extraños, solo lo habitual.

Al día siguiente, la policía retiró dos cuerpos. El de Georgina, no.

Treinta minutos

Había aprendido a ignorar a mamá.

Se sentó ante el televisor sin mirar el abrigo del desconocido sobre el sillón ni la puerta cerrada al fondo del pasillo.

Observó el reloj con cierta impaciencia. Cambió de canal, elevó el volumen y empezó a contar los billetes arrugados de su bolsillo. Se dio cuenta de que no era lo convenido.

Lazo

No se enamoró de ella, sino de su vientre. Entró a habitarla y el idilio se rompió a los nueve meses. Aunque ninguno lo quiso, hubo sangre. Desde entonces, él hizo su vida y ella la suya.

Nada volvió a ser lo mismo.

Legado

Desde el primer día que se casaron le inculcó cómo debía comportarse una viuda. Le dio instrucciones precisas para administrar su legado y le indicó cómo tendría que preservar su memoria siendo estricta con las publicaciones de sus libros. Le enseñó también de qué forma debería guardar los borradores originales y hasta cuánto podría negociar por los aún inéditos. Le remarcó, eso sí, que estos últimos debería sacarlos a la luz, poco a poco, como si a ella misma le hubiese costado años de investigación entre miles de decrepitos folios amarillos. A una semana de terminar con las lecciones, se divorciaron, pero él no se dio por vencido. Antes de sentarse a escribir la primera de sus insignes novelas y marcar así el inicio de su magna obra, salió otra vez en busca de aquella noble mujer que le permitiese sellar su destino.

Pelos

No tardé en hallar la caverna. Atrás quedó la pequeña casa de ladrillos y el bosque. Entré. En las paredes de piedra sentí el rumor de los insectos. El aletear de algún murciélago me hizo dudar más de una vez, pero seguí. Cuando avanzaba por el último tramo, sentí su respiración agitada, opresiva, irracional. Pronto, el olor de la sangre me inundó totalmente y, con cautela, palpé vísceras y piel desgarrada. Apenas pude entender cómo podría haber huido tan lejos. Me acerqué con calma y me senté a su lado. A diferencia de cómo procedí con sus dos hermanos, a él lo devoré despacio, con devoción. Solo quedaron las pezuñas y los huesos del mayor de los cerditos.

Árboles

Mi abuelo siempre me esperaba sentado en la terraza con una sonrisa de recuerdos.

A juzgar por su apariencia, cualquiera habría pensado que era un hombre tranquilo, sin ninguna rebeldía, pero cuando crecí descubrí algo de viento en sus gestos. De eso jamás me habló papá. Y cuando insistía en preguntar, él permanecía mudo, con los ojos en el abuelo, mientras su rostro se contraía como un horizonte lleno de caminos.

Pacto

Todo estaba arreglado. Por eso, al cruzar la meta, la tortuga le guiñó el ojo a la liebre, quien, veloz como un rayo, corría cien metros más atrás.

Y es que ambas sabían de sobra —de ahí que acordaran con prudencia días antes— que si la liebre ganaba la carrera como era de esperarse, ninguna de las dos entraría en la Historia.

Ring

—¡Repítelo!

—No hace falta.

—¡Repítelo he dicho!

—No hace falta.

—¡Vete a la mierda!

—No hace falta.

—¿Dónde están? ¡Ponlos al teléfono!

—No hace falta.

—Si has tocado a los niños, te mato. ¿Me oyes bien?

¡Te mato!

—No hace falta.

Hijo

Me acusan de maldad infinita, pero nada hay de cierto en ello. Mi naturaleza es tan vil como la de cualquiera. Además, nunca he pretendido perjudicar a nadie, aunque eso el vulgo no lo comprenda. También dicen que estoy maldito, pero debatir esto resulta inútil. A pesar de todo, su ignorancia y su precaria noción de la vida me inspiran misericordia. Por eso, cuando visito el pueblo, evito que noten mi presencia. Entiendo su temor ahogado de respeto. No en vano es noble mi apellido.

De noche, alguna vez he intentado pasear libremente por las calles que llevan los nombres de mis antepasados, pero el llanto de la plebe ahuyentó mis anhelos. Ahora solo voy si preciso de alimento. El resto del tiempo permanezco en casa. Por las ventanas me gusta mirar el firmamento porque me abriga cuando más lo necesito. Después, al bajar la niebla, paseo por los salones y visito a mis ancestros. Suelo contarle a cada uno la vida de sus predecesores, pero quietos, en sus marcos dorados, no se inmutan. También les hablo de mí y de cómo sobrellevo la cruz del apellido. Mi retrato está próximo al de ellos, junto a un cuadro vacío por el hijo que no tengo. En ocasiones me gusta imaginar que sí y jugamos a las

escondidas por los salones, las escaleras, las torres... Suelo enseñarle las constelaciones. Si me equivoco me abraza la pierna y se ríe. A él no le he puesto nombre porque, después de tantos años, temo olvidarlo o confundirme. Solo le digo “hijo” y eso basta para ambos. A veces juego a que él se ha ido y regresa adulto. Entonces corro feliz hacia la puerta de este castillo para abrazarlo antes de que, con amor infinito, me hunda la estaca en el corazón.

Adiós

Madre e hijo ríen. Ella tiene más de treinta. Él apenas llega a los dos. Juntos se asoman a la ventana. Señalan un bus rojo que se aleja. Vuelven a reír. Nada dicen del que ya no está.